

Era muy general la opinion de que el emperador tomaria otras disposiciones en sentido liberal, y de que tenia la intencion de dar á la cámara una organizacion nueva por medio de otras elecciones; mas en realidad no pensaba ni remotamente en semejantes cambios y no omitió ocasion ninguna de manifestarlo y **de** afirmar su decision de no apartarse de las bases de la constitucion. En estas afirmaciones insistió muy particularmente en su discurso del trono del 27 de enero de 1862, en cuyas últimas palabras á pesar de su tono de confianza se traslucia cierta inquietud. Era el destino de los gobernantes, dijo el emperador en el citado documento, que sus intenciones mas puras y sus actos mas laudables fuesen desfigurados por el espíritu de partido; pero que semejante clamoreo era impotente cuando se poseía la confianza de la nacion y cuando se trabajaba incesantemente por merecerla. Añadió que si el pueblo padecía por el encarecimiento de los víveres y por la falta de trabajo, no atribuía la culpa al imperio, porque el pueblo sabia que el emperador no se ocupaba mas que en aumentar el bienestar de Francia. Quedaba todavía mucho que hacer, pero los diez años de tranquilidad que habia tenido el país eran ciertamente motivo suficiente para felicitarse y seguir trabajando con perseverancia y con fe en la Providencia.

De todos modos, la situacion angustiosa de la industria, que en parte era resultado de la época de transicion originada por el tratado de comercio inglés, y en parte de la guerra en los Estados Unidos y de la consiguiente falta de algodón, suscitó dificultades para el imperio que podian llegar á ser un verdadero peligro. A pesar de las seguridades dadas por el emperador en su discurso del trono, prevalecia en la poblacion obrera la idea de que era obligacion del gobierno proporcionar al pueblo trabajo y pan barato, y cuando el pueblo no veía satisfechas estas pretensiones se pasaba á la oposicion. Lo que causó temor al imperio no fué solamente que le abandonara esta clase numerosa, sobre la cual el bonapartismo se habia apoyado hasta entonces con gran seguridad, sino tambien la nueva generacion de la clase ilustrada, que le hacia la oposicion, y particularmente la clase escolar, en la cual se manifestaban cada dia con mayor ímpetu opiniones republicanas. Viel-Castel escribió muy receloso en marzo de 1862 (tomo VI, págs. 159 y 161): «Los obreros tratan de hacer manifestaciones y los estudiantes se despiertan y meten ruido. Se habla de una manifestacion republicana. Desde hace diez años no se ha encontrado la Francia en una situacion tan difícil. El partido del orden está enteramente sin organizacion. Una agitacion sorda conmueve al país y la miseria en los centros industriales empeora el mal.» Casi en iguales términos se lamentaba Merimee, en aquellos mismos dias, de la sorda agitacion que reinaba en Paris y en otras partes: decia que se pedia algo que no era ni lo pasado ni lo presente; que en las masas no habia disminuido todavía el respeto al emperador; pero que los círculos inteligentes empujarían al gobierno en una direccion mas democrática (1). Tambien Darimon, que como Ollivier creía conveniente una liberalizacion del imperio y que por lo mismo no estaba de acuerdo con los irreconciliables de los partidos antiguos, vió con sentimiento aumentarse las filas de estos últimos y hacerse su actitud mas insolente. No atribuyó sin embargo ninguna fuerza á la alianza de todos los matices de la oposicion porque á esta alianza faltaba un programa comun, pero previó que las elecciones próximas serian una verdadera batalla (2). Entonces tambien

(1) Carta de Merimee á Panizzi del 21 de marzo de 1862, tomo I, página 249.

(2) Darimon: *L'opposition libérale sous l'Empire*, Paris, 1886, páginas 148 y 149.

pudo ya preverse que la nueva generacion tendria en las próximas elecciones una grande influencia. Hacia unos cuantos años que se habia formado alrededor de Ollivier un grupo escolar en el cual figuraban hombres como Julio Ferry, Floquet, Gambetta y otros que mas adelante desempeñaron un gran papel, y si bien se limitaron al principio á acompañar á los cinco opositores de la cámara y á aclamarles y á aplaudirles al salir de la sesion, despues de haber pronunciado importantes discursos, llamaron la atencion desde el principio de 1861 sus manifestaciones literarias. Pidieron en un folleto el ensanche de las tribunas destinadas al público (3), dirigieron una carta abierta á Gueroult, que habia criticado un discurso de Favre, y tomaron pronto providencias para proporcionarse influencia en las elecciones por medio de un comité. Entonces ya no se contentaron con admirar á los cinco opositores, sino que hasta vigilaron en cierta manera su conducta, manifestando su descontento si alguno de ellos daba un paso hácia el gobierno. Ollivier era el mas inclinado á acercarse al imperio, pues ya en marzo de 1861 habia excitado al emperador en el debate sobre los decretos de noviembre á conducir con decision, valor y buena voluntad á un gran pueblo hácia la libertad, y le habia prometido que á pesar de ser republicano apoyaria esta política el dia en que el emperador la aceptase. En otra ocasion dijo: «Alabarle todo es una debilidad, y vituperarlo todo no es sincero; yo no quiero ni una aprobacion sistemática ni una critica sistemática (4).» Estas manifestaciones encontraron en la joven generacion la oposicion mas decidida, pues no queria á ningun precio reconciliarse con el bonapartismo, sino que encontraba su mayor satisfaccion en la hostilidad feroz al imperio, y manifestó su odio implacable en una poesía, especie de *Marsellesa*, que desde la primavera de 1861 fué su canto de guerra con el título de «El leon del barrio latino», cuyo autor resultó ser, segun se supo despues, el profesor Rogeard, del Instituto de Pau (5). Como en esta poesía se halla expresado de la manera mas elocuente el espíritu de la generacion joven, daremos aquí su traduccion libre:

EL LEON DEL BARRIO LATINO

¡No, no ha muerto la flor de la juventud! Ha resucitado llena de ira. Que guarde el César sus puertas, pues el joven leon ha lanzado su rugido. «Sueña solamente,» exclamais con risa. ¿Y si ahora de repente diera un salto con sus fauces abiertas? Siempre suele tener un oído abierto el leon del barrio latino.

El estudiante, siempre en la vanguardia, guía á la multitud vestida de blusa. No ha perdido la escarapela de julio ni la de febrero. Arcole y Vanneau, adalides nobles que osados y alegres peleais con reyes, os sigue dando saltos el leon del barrio latino.

Negra noche cubria las comarcas francesas; hay que buscar al enemigo á tientas. Larga noche, noche siniestra: perdona que el sueño nos vence; pero al primer albor de la mañana el leon del barrio latino cumple rigurosamente sus deberes buscando al que tú le has destinado para ser devorado.

Los que han pasado la noche en orgía en el festín del César, se vuelven pálidos como las luces ante el rayo del dia que sigue á la noche de Carnaval. De un solo zarpazo de su garra ahogaría al águila y á su cria el leon del barrio latino.

Si alguna vez se vuelve á mostrar cerca de nosotros la descarada cria de águilas; si la vemos en el Odeon; si se encaraman hasta la Sorbona, que Nisard con su charla insustancial, About, el joven arlequin, las rapadas cabezas de los clérigos, teman entonces las garras del leon del barrio latino.

(3) Con este motivo escribió Darimon el 18 de marzo de 1861 en su diario: «Hay que tomar nota de estos nombres, pues forman un nuevo grupo de jóvenes que toma sitio en el mundo político.» *L'opposition libérale*, pág. 51.

(4) Ollivier: *Démocratie et liberté*, pág. 79 (4 de febrero de 1863).

(5) Véase Rogeard: *Pauvre France*, Bruselas, 1865.

El pueblo en su justo furor, excitado por vuestras mentiras innumerables, dirige la tercera advertencia al *Monitor* por medio de la voz de los estudiantes. Entonces se retira al Aventino sin dejarse engañar con palabras sonoras, rompe sus cadenas, y á vosotros os entrega á las garras del leon del barrio latino.

Cinco reyes ha devorado; pequeño es el número para cien años y apenas proporcional al prolongado odio. Pero ya los ha digerido por completo y muere si no se le da por festin aquel á quien há tanto tiempo espera; porque tiene ganas de un Bonaparte el leon del barrio latino.

Semejantes manifestaciones del odio mas excitado no podian inspirar gran miedo, porque solo salian de una limitada parte del público. En general prevaleció la opinion de Thouvenel, que en marzo de 1862 escribió á Gramont (tomo II, pág. 244): «Sufrimos un poco de jaqueca, lo confieso, pero de esto á una enfermedad verdadera hay todavía, gracias á Dios, gran distancia.» Sin embargo todo junto, la enemistad del partido clerical, la exacerbacion de los proteccionistas, el descontento de las clases obreras, la fermentacion entre los escolares y el odio implacable de los antiguos republicanos, hacia difícilísimo creer en la consolidacion de la dinastía. Por supuesto no se trataba de un peligro directo, porque detrás del emperador estaba el ejército, que no mostraba la menor huella de descontento, y tambien estaba la gran masa de la poblacion, que en la alternativa de tener que elegir entre el imperio y un porvenir dudoso, se hubiera decidido indudablemente por inmensa mayoría en favor de la continuacion de lo existente; pero esta disposicion reconocia por base la seguridad de que el emperador se hallaba en situacion de garantizar el orden y de mantener su autoridad. Si esta fe se conmovia, no habia que contar ya con el espíritu dinástico del pueblo, y cuanto menos ilusiones se hacia el emperador respecto de esto, tanto mas desagradable era para él cualquier acto de oposicion que pudiera perjudicar su autoridad, y mucho mas si el acto procedia de la mayoría de la representacion nacional elegida como partidaria del imperio. Sin embargo, tambien tuvo que pasar por esta triste experiencia, y si bien fué solo en un caso especial, las circunstancias hicieron el golpe todavía mas sensible. En febrero de 1862 el gobierno, á excitacion personal del emperador, pidió una dotacion anual de 50,000 francos para el conde de Palikao en recompensa de sus servicios prestados en la guerra de China. Esta suma pareció á la cámara exagerada, pero el descontento llegó al último límite cuando se supo que la pension tendria el carácter de hereditaria y que á la muerte del padre habia de pasar al hijo mayor. Al simple anuncio de este proyecto de ley se manifestó ya una oposicion violenta, y la comision elegida para estudiarlo se compuso toda de adversarios. En vista de esto, dirigió Palikao una carta al emperador suplicándole que retirara el proyecto; pero Napoleón contestó que aunque dejaba á cada uno la libertad de su opinion, él como juez autorizado de los méritos políticos y militares, estaba decidido á honrar una empresa tan sin igual por medio de una recompensa nacional, porque los grandes hechos se realizaban mas fácilmente allí donde se apreciaban mas, y solo una nacion degenerada se mostraba mezquina en su gratitud (1). Estas cartas fueron publicadas en el *Monitor*, y presentaban al emperador tan irritado como no se habia visto sino muy raras veces, lo que nadie esperaba; mas á pesar de esto la cámara se mantuvo firme, porque despues de la publicacion de esta carta conoció que si retrocedia, habria confesado implícitamente su dependencia completa y vergonzosa de la voluntad del emperador. Por otra parte tambien era duro para Napoleón retroceder y renunciar á su propósito, y pareció por un instan-

(1) Es una inversion de la frase de Tácito (Agrícola, cap. I): *Vir-tutes isdem temporibus optime estimantur, quibus facillime gignuntur.*

te que la única salida de este atolladero era la disolucion de la cámara; pero despues de algunos dias logró Morny que el emperador cediera, renunciando á su pretension en vista del apoyo leal que el cuerpo legislativo le habia dado siempre. Esto valió al emperador las felicitaciones mas entusiastas de la mayoría, que entonces respiró á sus anchas. No obstante, lo cierto era que no podian repetirse semejantes conflictos si no se queria exponer peligrosamente el crédito del emperador. Para los amigos del régimen parlamentario fué este suceso una prueba de la necesidad de la responsabilidad ministerial como escudo de la dignidad del soberano; y para los imperialistas incorregibles demostró que el emperador habia entrado con sus reformas en una senda falsa que debia



Ernesto Picard (segun fotografía)

abandonar cuanto antes para volver al régimen autoritario de los años anteriores.

Amigos y enemigos se convencieron muy pronto de que la situacion híbrida creada por las reformas de noviembre de 1860 y 1861, no era viable. La ampliacion del derecho de intervenir en los presupuestos que Fould habia proporcionado al cuerpo legislativo, resultó ya el primer año sin ningun valor práctico, pues en marzo de 1863 el ministro orador Magne confesó que las necesidades de la expedicion de Méjico habian obligado al gobierno á emplear recursos que no habian sido aprobados por la cámara; y habiendo reñido con Fould, añadió maliciosamente que habiendo procedido los ministros de la Guerra y de Marina en este caso sin la aprobacion del ministro de Hacienda, sin el conocimiento del consejo de Estado y sin un decreto imperial que hubiese sido publicado, resultaba que con los nuevos arreglos no se habia conseguido mas que perder las garantías que antes habia en las formas prescritas para las transferencias y los créditos supletorios. Esta expresion costó á Magne su puesto de ministro orador, porque el emperador le destituyó «por haber mostrado divergencia entre su modo de ver y la opinion del ministro de Hacienda;» pero en 30 de marzo le nombró el emperador miembro del consejo íntimo. El público entretanto quedó suficientemente ilustrado respecto del valor que debia atribuir á las reformas de Fould.

Al propio tiempo demostró este suceso que la posicion de los ministros se habia modificado paulatinamente, apartán-

dose mucho de la teoría imperialista, pues según ésta, ningún ministro tenía que ver con sus colegas: cada uno debía dar cuenta de sus actos solamente al emperador, único responsable. Este principio, sin embargo, no había sido aplicado nunca hasta las últimas consecuencias, pues al tomar Baroche, presidente del consejo de Estado, ya en 1853, asiento en el ministerio, y figurando después en el consejo de Estado y en la cámara como único intérprete directo de la voluntad imperial, su posición adquirió cierto matiz de ministro director, si bien este contrasentido no se hizo tan visible mientras este cargo estuvo representado por una sola persona, que hasta cierto punto podía ser mirada como el *alter ego* del emperador. Esta situación cambió cuando por el decreto del 24 de noviembre se colocaron Billault y Magne al lado de Baroche. La situación de los dos últimos fue también bastante indeterminada, porque solo por los ministros respectivos podían saber lo que habían de defender ante las cámaras, y cuando los ministros no se lo comunicaban, ó cuando estaban reñidos con ellos, no podían menos de resultar desacuerdos y quejas. La institución de los ministros oradores suponía la solidaridad más íntima entre los ministros, y por desgracia en el ministerio del 24 de noviembre no reinó el menor espíritu de cuerpo, según confesó Thouvenel en enero de 1861 al duque de Gramont (tomo I, página 552). «Me admiraría, añadió, que esta combinación fuese duradera; hágase y dígame lo que quiera, la necesidad de defenderse ante las cámaras requiere forzosamente la solidaridad de los ministros.» El mismo emperador se hizo cargo de los peligros del nuevo sistema, y de esto habló frecuentemente con los ministros con quienes se trataba más (1). Acaso se tranquilizó, persuadido como estaba de tener en Billault una persona perfectamente adecuada al difícil cargo de ministro orador. La elocuencia de Billault era comparada con la de Guizot: solía tomar como introducción algunos motivos ó puntos de vista de la cuestión, y sacar de ellos una conclusión que contradecía lo que sostenía el adversario, y entonces sin entrar en más polémicas exponía su punto de vista de un modo tan claro y convincente, que podía considerarse apartada y olvidada la opinión contraria (2). Era pronto también en las réplicas, tan frecuentemente necesarias en las interrupciones de la oposición, y sobre todo supo identificarse rápida y concienzudamente con todas las materias y tratarlas desde todos los puntos de vista, especialmente desde los que más convenían á sus colegas. Seguramente no había otra persona que hubiese tenido igual aptitud para implantar en el imperio los principios constitucionales.

La actividad de Billault era de especial importancia durante los debates que originaba la contestación al discurso del trono, en los cuales obtuvo más de un triunfo oratorio; pero aunque hubiese sido capaz de defender victoriosamente en cada caso la política imperial, no habría podido disimular el hecho de que estos debates sobre la contestación al discurso del trono eran una innovación peligrosa, porque daban ocasión á la oposición de poder suscitar por medio de innumerables enmiendas todas las cuestiones de la política interior y exterior. Así es que estos debates duraban varias semanas, si bien al fin quedaba siempre adoptado el primitivo proyecto de contestación. Además en la mayor parte de los casos las enmiendas no llegaron siquiera á ser puestas á votación. En efecto, los cinco opositores, seguros de que serían rechazadas sus enmiendas, las retiraban; pero por lo menos se habían desahogado, y para el efecto que habían de producir sus discursos, que eran reproducidos oficialmente,

(1) Maupas, tomo II, pág. 129.

(2) Granier de Cassagnac: *Souvenirs*, tomo III, pág. 95.

era indiferente la suerte de las enmiendas. Para el gobierno era un verdadero purgatorio el debate de la contestación al discurso del trono, porque tenía que responder y defenderse de todos sus pecados, de la falta de lealtad en las elecciones, de la arbitrariedad de los funcionarios, de la opresión de la prensa, de los derroches y despilfarros, del abandono del Papa, de los pactos con la revolución, de la expedición á Méjico, y en general de todo cuanto ocurría cada año. Hasta en el senado hubo en los debates de la contestación tempestades increíbles. Mientras los ultramontanos, y á su cabeza los obispos, presentaban enmiendas á favor del dominio temporal del Papa, el príncipe Napoleón defendía en términos ardientes el derecho de la revolución contra el derecho divino y contra los tratados de 1815; pedía á Roma para capital de Italia y quería dejar al Padre Santo solo la ciudad de la orilla derecha del Tíber. También en el senado al fin se aplacó el ardor de la discusión, contentándose la mayoría con expresar su confianza en la sabiduría del emperador; pero no pudo satisfacer al gobierno la victoria alcanzada por setenta y nueve votos contra sesenta y uno.

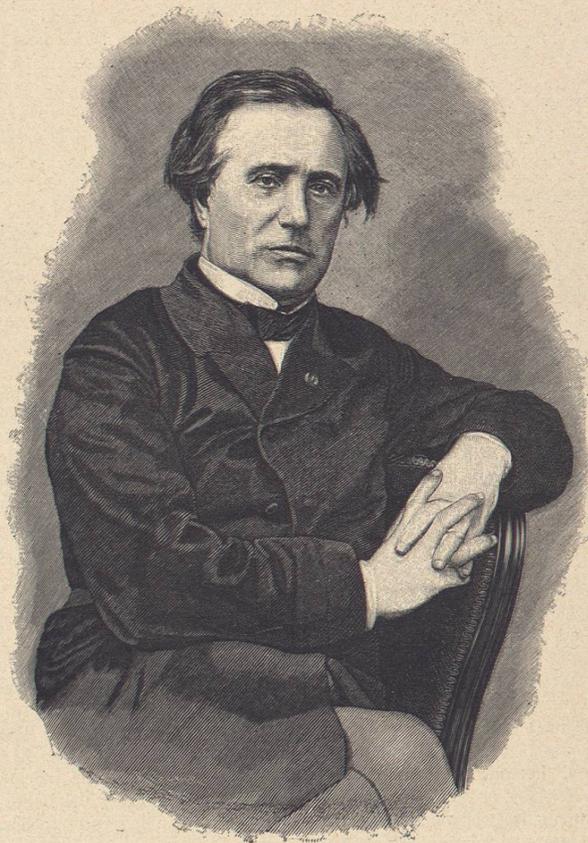
Durante el año 1862 se extendió la convicción de que la nueva situación era cada vez más insostenible, y entre las personas que rodeaban al emperador pugnaban arduamente las influencias de aquellos que pedían la vuelta al sistema antiguo con las exigencias de los bonapartistas liberales, que recomendaban concesiones nuevas y mayores. Entre estos últimos figuraba particularmente Morny, que en julio recibió el título de duque en prueba del favor del emperador. Como presidente del cuerpo legislativo se esforzó con extraordinario celo por moderar los debates, diciendo al discutir la contestación al discurso del trono, en 8 de marzo de 1862, á los cinco opositores: «Ustedes no son generosos con el gobierno; cuanto más éste se deshace de sus armas, ustedes lo atacan más, en lugar de servirse con mesura de las libertades concedidas. Ustedes lograrán que el emperador quede curado de toda tentación de conceder más.» Esto era, en efecto, lo que Morny temía, y cuando en octubre se efectuó en la política italiana del emperador el nuevo giro y prevaleció la corriente reaccionaria, faltó poco para que Morny diese todo por perdido y pensó en retirarse con Thouvenel. También Persigny y Fould y hasta Rouher y Baroche iban á dar su dimisión, y quizás la habían presentado ya (3); pero el emperador consiguió hacerles quedar á todos en sus puestos, evitando así que pareciera retrógrada su política interior. Quiso que hasta las nuevas elecciones todo quedara de la misma manera, á fin de no alentar á los adversarios con la inseguridad del gobierno.

Más que nunca se esforzó el gobierno en los últimos meses del período electoral en inspirar confianza y disponer á su favor á la opinión pública. En el discurso del trono del 12 de enero de 1863 dijo el emperador que habría considerado como una ingratitud disolver la cámara antes de concluir su período legal; que había pasado ya el tiempo en el cual el gobierno se había valido de cualquier accidente feliz para asegurar los votos de un número limitado de electores, y que el sufragio universal no cambiaba su convicción á cada ligero soplo que moviera la atmósfera política. Gracias á la concordia de los grandes cuerpos del Estado se había conseguido vencer muchos obstáculos y crear mucho útil, si bien quedaba todavía bastante que hacer. El mismo estaría siempre pronto á realizar todo lo que pedía el interés de la mayoría; pero el país también debía cooperar á ello eligiendo representantes que aceptaran como los de entonces sin segunda intención el sistema vigente de gobierno, y que

(3) Thouvenel, tomo II, pág. 440.

animados del espíritu de la época y de verdadero patriotismo estuviesen decididos á ilustrar al gobierno con completa independencia y á posponer todos los intereses de partido á la grandeza de la patria. En este discurso sorprendió y fué muy bien recibido el hecho de que no hubiera una palabra de censura para la oposición; y la opinión pública sacó todavía mayores consecuencias de lo que dijo el emperador quince días después á los expositores franceses premiados en la exposición de Londres. «Les habrá seguramente sor-

prendido, dijo, la ilimitada libertad con que en Inglaterra se pueden manifestar todas las opiniones y desenvolver todos los intereses; pero la Francia llegará también á este punto cuando tenga aseguradas las bases sobre las cuales únicamente se puede levantar la libertad completa: á todos toca trabajar para este fin.» Estaba destinado á despertar esperanzas análogas á las que inspiró este discurso el final de la contestación del cuerpo legislativo, redactada por Morny mismo y según se decía conforme á indicaciones de Napo-



Durny (según fotografía)

leon. En este final se decía que la cámara tenía la confianza de que el país correspondería á los deseos del emperador y elegiría representantes cuyo único objeto sería concluir completamente la alianza de la dinastía con la libertad.

Ciertamente era muy dudoso que pudiera lograrse gran cosa con promesas tan vagas, y acaso produjeron más efecto los medios pequeños hábilmente empleados, como cuando el gobierno pidió un crédito de cinco millones para auxiliar á los obreros de la industria algodonera, cuya situación era muy aflictiva; cuando el emperador indultó á un gran número de cajistas que habían sido condenados por haberse asociado para obtener mayores salarios, contra la ley de 1849, ó cuando dió á un nuevo boulevard el nombre de un simple obrero que había llegado á hacerse fabricante rico (1). Pero

(1) Merimee, tomo II, pág. 300: «No sé dónde el emperador se informa para comprender tan bien los instintos del pueblo.»

tampoco esto pudo ejercer una influencia notable, y en último resultado el gobierno debía esperar su triunfo de su sistema de candidaturas oficiales, de la actividad de los prefectos y de todo su séquito de empleados grandes y pequeños, dificultando al mismo tiempo los preparativos electorales de la oposición. En general, Persigny, que estaba encargado del ramo de las elecciones, trabajó por todos los medios sabidos, siendo solo nuevo el de la reducción artificial del número de electores, dificultando la certificación de los seis meses de residencia en el lugar de la elección. Para París solamente, cuya población se había aumentado desde 1857 en 226,000 habitantes, se redujo por este y otros medios análogos el número de electores de 358,000 á 326,000, en cuya consecuencia la capital, en lugar de diez, solo podía elegir nueve representantes, cuando la oposición había calculado catorce á causa del aumento de la población. A fin de asistir con sus consejos á sus partidarios contra este y